

Reynaldo Sordo Cedeño, *El Congreso en la primera república centralista, México, El Colegio de México/Instituto Tecnológico Autónomo de México, 1993*

Artemio Benavides Hinojosa

Francisco Manuel Sánchez de Tagle, el "divino Tagle" según Guillermo Prieto, alma de este congreso y de las Siete Leyes, civilizó a la luna en su poesía pero no pudo dominar el proyecto de "democracia dirigida" del complicado proceso centralista que intentamos en 1836. Era una misión imposible de la gente del partido del orden, en una república donde predominaba el desorden, el faccionalismo, la apatía y donde menos de 5% de la población se interesaba en otorgar una oportunidad histórica al modelo centralista. La investigación de Sordo Cedeño nos ilustra ampliamente sobre las peripecias y maromas de los grupos políticos que deseaban salvar a la patria y maximizar sus privilegios, cantándole a la luna. Es un estudio más concentrado que el de Michael P. Costeloe sobre la primera república federal (1824-1835); más concentrado y más limitado, menos ambicioso y ampliamente detallado;

pero, como dice, alejado de la "mitología" liberal, la retórica oficialista y la visión de los vencedores". Algo saludable, sin duda. El problema es que no hay que darle vueltas: el éxito no fue característica mexicana en el siglo pasado y todavía estamos en espera de otra transición que deseamos exitosa.

El libro de Sordo Cedeño, sin precaver al lector con una introducción que lo sitúe en el contexto embrollado de aquellos años turbulentos, intenta con desigual fortuna ilustrarnos en los "partidos" (*sic*) del progreso, del retroceso... y de Santa Anna. Igualmente, su estudio nos ilustra sobre el centralismo moderado de las precarias alianzas centralistas. Analiza con agudeza cada una de las Siete Leyes, sobre todo la segunda, la del Supremo Poder Conservador que no respondía "más que a Dios y a la opinión pública". Y considera, quizá con razón, que estas Siete Leyes no son la

antítesis de la Constitución de 1824, ni fueron un proyecto del clero y los militares. Tal vez sin razón, también afirma que los centralistas no buscaron sus intereses de clase y es dudoso que el centralismo no estuviera influido por los "espadones": Santa Anna era espadón de todos los moles y los males de esta afligida república.

Es una crónica fatigante de aquel naufragio nacional: conflictos con el extranjero, el problema de Texas, las ambigüedades del presidente Bustamante, las confusiones del congresista Bustamante (Carlos María), y las graciosas y oportunas huidas de Santa Anna a Manga de Clavo. Fatigante mas ilustrativa, pues explica el ensayo de J. M. Gutiérrez Estrada de 1840 proponiendo una monarquía constitucional con un príncipe extranjero: una idea a la que le llegaría su hora.

La investigación es una mues-

tra de exhaustiva historia documental de seca prosa y ausente de incursiones sociológicas y filosóficas: las aportaciones de Charles Hale, David Brading y hasta la más cercana de B. A. Tenenbaum sobre los agiotistas brillan por su ausencia. Casi toda la construcción biográfica-política del estudio se basa en una pobre definición de partido político (p. 12) que acaba desdibujando el magnífico y dilatado buceo en archivos, folletos, fondos documentales, manifiestos y tantos, tantos discursos. La sociología política y de los partidos políticos ha ido más allá del pionero M. Duverger y esta investigación está en el jurásico inferior. Y si este estudio es una contribución importante a la historiografía de la primera mitad del siglo XIX, concurrimos con el autor: es una contribución modesta. Modesta pero imprescindible.